

Viajeros de las estrellas

Todos, en algún momento de nuestras vidas, nos hemos preguntado lo mismo: ¿qué le regalas a alguien exigente que ya tiene de todo?

Quienes buscaban un obsequio para Diana lo tuvieron claro: experiencias.

De nuevo, se habían puesto tan de moda esos cofres en los que se prometían prácticas poco frecuentes, vivencias inolvidables y la posibilidad de cambiarlo por otro de igual o superior valor si llevabas el tique regalo.

Había de todo, claro: *Tres días de trabajos forzados en una mina con encanto*, *Escapada de una prisión de máxima seguridad para dos...* Pero si algo le gustaba a nuestra protagonista era viajar y, por suerte, esta clase de cajas incluía una oferta de lo más variada.

Fin de semana romántico en Plutón fue un presente bienintencionado (acababa de comenzar su relación con Mac), pero como estancia resultó un fiasco. «Apenas había cobertura, hizo muy mal tiempo y el alojamiento era pequeño. A cualquier cosa llaman planeta. Una estrella. No lo recomiendo», llegó a escribir en una página de reseñas viajeras.

De su siguiente travesía, *Senderismo por la vía láctea*, destacó que «fue la leche». De *Agujero negro para dos*, «Muy intenso. Demasiado absorbente. Dos estrellas».

El planeta Utra resultó su destino más exótico hasta el momento. Sus habitantes, seres de helio encerrados en trajes contenedores, sobre todo cuando están en presencia de turistas, eran famosos por su nobleza y agudas voces. Xorb, su guía, mezcló a las mil maravillas con el grupo. «Lo mejor: las carreras con deportivos por las calles de la capital. Recomiendo el *pack* de *A todo gas*. Cuatro estrellas».

Tras su compromiso en Saturno, por aquello de los anillos, y en el transcurso de la boda, la afortunada pareja recibió un nuevo *Fantasticpack* como regalo de nupcias. Recubierto con pintura dorada y purpurina, y rematado con un gran lazo escarlata, los ojos de la novia se humedecieron. Por supuesto que era consciente de la existencia de ese cofre, pero nunca pensó que llegaría a disfrutarlo. Con él, su viaje de recién casados sería la experiencia definitiva. Levantó la cabeza, se enjugó algunas lágrimas y se volvió hacia los invitados. Con una mano levantó el estuche para que todos pudieran verla. Con otra hizo el símbolo de la victoria. Todos vitorearon y aplaudieron.

Con el amanecer comenzaron los preparativos de su nueva aventura. Dentro de la aeronave escuchaban las instrucciones de su monitor: que pasarían la mayor parte del recorrido dormidos, que la atmósfera de allá donde se dirigían resultaba respirable, que si se encontraban con cualquier dificultad debían de contactar por radio con el control de base...

Aseguraron sus trajes espaciales, sellaron sus escafandras y se acomodaron en sus asientos. La consola que tenían frente a ellos comenzó a iluminarse y los altavoces, sin previo aviso, escupieron un chillido. El sonido se acopló antes de que se escuchara una cuenta atrás.

«Doce, once.»

—A partir de este momento es cosa vuestra. —El instructor dio dos golpecitos en la puerta de salida antes de cerrarla—. Y no os olvidéis de lo más importante: disfrutad.

«Ocho, siete.»

Mac no llegó a escuchar el final de la cuenta. La cabeza le pesaba. Dirigió su mirada hacia su reciente esposa y quiso esbozar una sonrisa. No supo si llegó a hacerlo o si se quedó dormido antes.

«Tres, dos, uno.»

El despegue fue suave. La velocidad aumentó. Primero, recorrieron unos cuantos *kilopársecs*; después, una voz metálica avisó a la escasa tripulación que en breve comenzarían los saltos.

Diana se resistía al sueño. De manera fugaz reconoció paisajes de otras travesías, como Uttra o Earendel. Vio atacar naves en llamas más allá de Orión, contempló rayos-C brillar en la oscuridad, cerca de las puertas de Tannhäuser. No quería perderse ningún detalle porque, para ella, la esencia del viaje no estaba solo en el destino, sino también en el camino que la había llevado hasta allí. También lo hacía único su acompañante, aunque, en este caso, roncase como un ceporro. Sin embargo, en parte por cansancio acumulado y, con total seguridad, por el potente cóctel de drogas que les administraron, terminó por ceder.

Despertaron cuando una grabación les anunció que el contacto con el punto de llegada era inminente. En de segundos entrarían en la atmósfera de aquel planeta. «Gracias por haber elegido *Fantastipack*», apostilló. Comprobaron que no quedaba hebilla por reforzar ni cinturón por ajustar. El traqueteo del descenso era molesto y hacía que los dientes les castañetearan. «Esto lo pienso poner en la reseña, vaya que sí», maldijo la excursionista.

Pese a que existían altas posibilidades de que el aterrizaje se realizara en un medio acuoso, los operarios de la agencia garantizaban que el mismo se haría en terreno más o menos firme, y así fue. No solo eso, sino que tuvieron la fortuna de hacerlo en una zona habitada. Ciertamente es que las formas de vida que se arremolinaban en torno a la nave no estaban del todo desarrolladas y que su aspecto era desagradable. Además, emitían unos irritantes sonidos. No obstante, Diana recordó el consejo de su monitor. Había ido allí a pasarlo bien y estaba decidida a cumplirlo.

Con su vehículo fijo en el suelo desplegaron la rampa de descenso. Se quitaron las escafandras y se colocaron un traductor universal en la base del cráneo. Abrieron la puerta, anduvieron hasta la mitad de la pasarela y echaron un vistazo al paisaje. La hembra clavó sus ojos de color petróleo en la improvisada marabunta. Sonrió y dejó a la vista sus tres filas de dientes, afilados, que rechinaban conforme la mueca se agrandaba en su rostro verduzco. Levantó tres de sus brazos y aquellas barritas de carbono con patas que les rodeaban callaron. A partir de ese momento ella tomaría la palabra:

—Venimos en son de paz, terrícolas. —Con su cuarta mano acarició la cartuchera que custodiaba una pistola láser de última generación.

Sin duda, el cofre de *Conquista tu propio planeta*, merecería una reseña de cinco estrellas.